



RAMON RUBIAL

dad, es hoy el Presidente del partido. Con más de cincuenta años de actividad política a sus espaldas, Ramón Rubial —«Pablo» para quienes convivieron con él en la lucha clandestina— se ha prestado por primera vez a repasar su historia personal, y junto a ella la historia de su partido, desde los momentos iniciales de su militancia. Momentos que coincidieron, en Vizcaya, de donde procede, y en toda España, con la escisión comunista de 1921...

—En Vizcaya no tuvo gran incidencia la escisión en el año 1921, con motivo del fenómeno de la revolución rusa, la creación de la III Internacional y las 21 condiciones impuestas para el ingreso en ella. Solamente dos líderes calificados, Facundo Perezagua y Oscar Pérez Solís —ex capitán de artillería del ejército español— la encabezaron, arrastrando tras de sí a unos cuantos militantes que poco a poco fueron reintegrándose en el partido que habían abandonado. Oscar Pérez Solís sufrió algunos períodos de prisión y alguno de ellos motivado por implicaciones atribuidas en un asalto al tren de Bilbao-Santurce en el que viajaban los pagadores de la constructora naval de Sestao, portadores del dinero para hacer efectivos los salarios de los trabajadores. Durante su permanencia en la cárcel de Larrinaga-Bilbao, cultivó su amistad de una manera muy asidua el Padre Gafo, de quien se dice fue el artífice fundamental de la conversión al catolicismo de Pérez Solís que, transcurrido algún tiempo, pasó a dirigir *El Siglo Futuro*, periódico editado por la Compañía de Jesús.

A los catorce años era ya miembro de la Sección de Aprendices del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya. Un año después, sin tener aún la edad reglamentaria, ingresó en las Juventudes Socialistas. Así

empezaba la carrera de un militante que, tras ocupar diversos cargos, pasar casi un tercio de su vida en la cárcel y participar de forma decisiva en la reconstrucción del PSOE durante la clandestini-

—Entonces no hubo traumas en la escisión...

—No los hubo para la magnitud del fenómeno de la revolución rusa y la educación que los socialistas españoles poseíamos en aquella época, época de maximalismos extremos. Hubo algunas anécdotas como la de un compañero llamado Víctor Gómez, que con el tiempo llegó a ostentar la Secretaría del Sindicato Minero Vizcaíno, que le invitaron a escribir artículos en la prensa, artículos que tenían el precio del calibre de las injurias que se vertieran contra los dirigentes socialistas. Su reacción fue la de alejarse de ambas fracciones observando actuaciones que determinaron la vuelta hacia el Partido Socialista.

—¿Y en las Juventudes Socialistas?

—Fuera de un Congreso Nacional en el que hubo violencia con una víctima, en otras latitudes la escisión careció de profundidad. En Gallarta, zona minera vizcaína, la sección entera optó por la opción comunista excepto una pequeña fracción que siguió actuando como organización juvenil socialista.

—En estos primeros años de tu actividad política, un nuevo momento crucial corresponde a las relaciones del PSOE con la Dictadura, y en concreto a la tan discutida participación de Largo Caballero en el Consejo de Estado. ¿Cómo se vio esta participación en el País Vasco, y cómo la viste tú mismo como militante de la UGT y del PSOE?

—Hay una equivocación al enjuiciar la Consejería de Estado de Largo Caballero, que no se ha sabido analizar bien

históricamente. Caballero pertenecía a la Junta de Reformas Sociales, y se sugirió su nombre para integrar el Consejo de Estado. Caballero dijo que no aceptaba, que el nombramiento no tenía que ser personal sino que se lo trasladasen a la Unión General, cuya representación tenía en la Junta de Reformas Sociales. Entonces, naturalmente, se dirigieron a la Unión General de Trabajadores, donde hubo una discusión muy aguda que se denominó «el pleito de las tres cartas». Estas tres cartas fueron cursadas por Indalecio Prieto, que en aquella época era un enemigo acérrimo de la Dictadura y no quería que Largo aceptara el cargo, porque creía que hacerlo significaba una colaboración con ella. En mi opinión, lo que hizo Caballero en el Consejo de Estado fue una labor estupenda, y que además no tuvo nada que ver con la Dictadura —aunque era un cargo derivado de ella—. Caballero no prestó jamás su concurso para asentar la Dictadura, sino al contrario. Cada vez que había una reunión del Consejo de Estado, empezaba protestando porque faltaba libertad al pueblo español. Caballero en ese aspecto ha sido un hombre muy limpio; rígido en la concepción socialista, y que jamás tomó una determinación sin que estuviera respaldada por la organización. Convenía aclarar este punto porque se ha interpretado muy mal, creyendo que era voluntad expresa de Caballero el ir al Consejo de Estado.

—Pero, ¿no proceden de esta colaboración de Largo Caballero los primeros problemas y rencores con Indalecio Prieto?

—Desde luego hay que calificar bien eso de los rencores. Prieto no odió jamás ni tuvo rencor a Caballero. Prieto tuvo siempre un gran respeto hacia las personas, y hacia Caballero también por su integridad y por su moralidad. Y Caballero respetó siempre a Prieto. Una cosa es que se discutan en el seno del partido concepciones distintas en cuanto a la política a seguir, y otra que, derivado de ello surja el rencor. No. En nuestros medios eso no ha existido jamás, afortunadamente.

—Pese a que me dices que no había rencores entre los líderes socialistas —y yo te creo, por supuesto—, hubo grandes diferencias teóricas, estratégicas y tácticas entre ellos en los momentos más importantes. ¿De qué lado te encontrabas tú en estas discusiones internas? ¿Del lado caballerista o del lado prietista?

—Yo nunca he dicho de qué lado estaba, porque siempre he seguido las tesis marcadas por los Congresos del partido. Lógicamente, uno tiene simpatías por unas determinadas concepciones o por otras. Conste que, aunque no lo he dicho nunca, he sido un gran admirador de Prieto, pero también lo he sido de Caballero, de Besteiro, de Trifón Gómez, de Saborit cuando era miembro de la Federación de Juventudes —y como tal compartí con él mi vida juvenil cuando era representante de la Federación Nacional— y de tantos otros. Ahora, examinados los criterios políticos, a medida que pasa el tiempo veo que el más acertado era el hombre al que yo estaba inclinado, Indalecio Prieto, y no porque fuera más inteligente, ni porque me gustase más, sino porque el raciocinio nos

llevaba a aceptar sus posiciones políticas. Además, Prieto para nosotros tuvo siempre la gran virtud no solamente de ser un tribuno o un político avisado, sino de ser un hombre que en la calle estaba con los demás: en las huelgas, en aquella lucha tan intensa que había con la «piña carlista», donde se andaba a palos y bofetadas, y más tarde con los nacionalistas. Todas estas cosas nos llevaban a inclinarnos hacia Prieto, porque los militantes socialistas vascos le teníamos cerca y convivíamos más con él que con los demás dirigentes.

—*En 1931, cuando se proclamó la Segunda República, ¿desempeñabas algún cargo en las Juventudes Socialistas?*

—Era secretario de la Juventud Socialista de Erandio, donde éramos 85 militantes. Yo caí preso en 1930 cuando repartía el Manifiesto Revolucionario del que después fue el Gobierno Provisional de la República. Más tarde llegué a ser miembro de la Comisión Ejecutiva del Sindicato Metalúrgico de Vizcaya y presidente de las Juventudes Socialistas de Erandio, hasta que llegó el año 1934 —la Revolución de Octubre—, en que cesé de mis cargos para volver a ingresar en la cárcel, con una condena de seis años y ocho meses. Tuve una petición fiscal, en su inicio por rebelión militar, de 42 años por los hechos acaecidos y tenencia de armas y explosivos, pero como lo sucedido fue antes de la proclamación del estado de guerra se inhibió la jurisdicción militar en favor de la civil, por lo que el delito fue conceptuado como sedición y de ahí la diferencia entre la petición y la condena.

Rubial, revolucionario

—*¿Cómo se preparó la Revolución, y por qué, en 1934 en Bilbao y en España?*

—El origen puede extraerse al retrotraer el hecho al año 1933, cuando D. Niceto Alcalá Zamora ofrecía el Gobierno de la República a fuerzas políticas que no habían acatado la Constitución de 1931. Indalecio Prieto, por mandato de la minoría parlamentaria, en su memorable discurso, apercibió al Presidente de la República que si ese hecho se daba, el PSOE declararía la Revolución. El Presidente no atendió el apercibimiento y el Partido cumplió su palabra comprometida en el hemisiciclo. Concretamente, en el País Vasco la organización del movimiento estuvo a cargo del PSOE y de la UGT. Los medios con los que se contaba eran rudimentarios y con escasa potencia de fuego. Escopetas de caza y explosivos de marca casera confeccionados en talleres y fábricas. Su manipulación costó la vida a Wenceslao Simón, así como a otro hermano suyo, Nazario, torturado y muerto por un teniente de las fuerzas de asalto, que iniciaba el interrogatorio con la siguiente frase: «Mira, yo he estado como oficial en la zona de contrabando del Marruecos español, y los marroquíes que no conocían nuestra lengua me decían donde tenían los escondites; tú, que hablas español, ¿no me vas a decir dónde tienes las bombas?», y tras esta entrada comenzaba la «danza».

Solidaridad de Trabajadores Vascos secundó la huelga general sin declararla, y algunos de sus militantes tomaron parte activa en uno de los tantos hechos como fue el de

Portugalete, donde en la refriega quedó alguna vida truncada.

La guía de la acción consistía en adueñarse del pueblo que se tenía asignado. Conseguido el objetivo se debía organizar la marcha a la toma de edificios públicos de la capital que se tenían asignados. La columna no llegó a ponerse en movimiento por haber llegado una orden del Comité Revolucionario indicando que el personal se detuviera, un tanto oculto, en los lugares donde la orden había sido recibida. Más tarde llegó otra indicando que nos replegásemos al lugar de origen. Después de unos días de espera el ejército hizo su aparición y, con una operación policíaca, tomó el pueblo del que habíamos partido. Luego la represión, los atentados policiales, los juicios y las condenas con la reclusión en los presidios. Más tarde disolución de Cortes y las elecciones de febrero de 1936, con el triunfo del Frente Popular y la amnistía. Pocos meses después la sublevación del 18 de julio y nos fuimos al frente, hasta que el 19 de junio de 1937 perdimos Bilbao y después Santander y Asturias. Nuevamente consejos de guerra y a peregrinar por la geografía penitenciaria de España.

—*Por lo que cuentas, parece que tú interviniste muy activamente en la Revolución.*

—Al igual que yo participaron todos los que componían los grupos de Acción Socialista, que habían sido preparados para el hecho revolucionario con algunas lecciones de estrategia secundaria.

—*¿Y el alijo de armas del barco Furquesa, enterradas en las playas asturianas?*

—Esas armas se descubrieron porque uno de los camiones que hacía su transbordo, por el peso que llevaba, enterró sus ruedas en la arena y no pudo ponerse en marcha. No dio tiempo a descargarlas para aligerar su peso por la presencia de unos carabineros que ya habían reforzado la guardia. Se cruzaron algunos disparos al objeto de facilitar la huida de los encargados del traslado, cosa que se consiguió. El Gobierno se percató del alijo de armas, redoblando la vigilancia de costas y patrullaje de unidades de guerra de la marina. El *Furquesa* no fue sorprendido en alta mar por navegar fuera de las rutas de navegación, motivo por el cual pudo arribar a las playas asturianas en las que los jóvenes socialistas de Asturias pudieron desembarcar parte del cargamento que el *Furquesa* portaba. El resto, que quedó en su bodega, fue decomisado por las autoridades francesas donde fue a parar el barco.

—¿Qué relaciones manteníais con el PCE en aquellos años?

—Nuestras relaciones eran muy tirantes. Creo que en aquellos años hubo una especie de sarampión revolucionario en sus militantes, que llegaron a creer que asesinando socialistas realizaban un acto de tal naturaleza. No se concibe otra cosa si analizamos el bárbaro acto que cometieron en un bar de la calle Samera, dejando tendidos a tres compañeros acribillados a balazos. Su propósito, por lo que después se pudo saber, fue atentar contra Paulino Gómez Beltrán, secretario del Sindicato de Alimentación. Otra de las fricciones constantes se producían todos los lunes que, para practicar su

«gimnasia revolucionaria», declaraban la correspondiente huelga. ¿Motivos? Obstruir la marcha del Gobierno, en el que se encontraban tres socialistas.

—*Hablemos de las alianzas electorales de los socialistas con los republicanos. En 1931 se presentan unidos y gana la izquierda. En 1933 se rompe la conjunción y gana la derecha. ¿Cuál sería, desde la perspectiva del tiempo, la opinión de Ramón Rubial?*

—Ya en las primeras discusiones sobre las alianzas electorales con los republicanos había habido dentro del PSOE dos tendencias bien marcadas: la de Prieto y la de Largo Caballero. En 1933 triunfó la tesis de Caballero, es decir, no ir a las elecciones con los republicanos. Si analizamos después el resultado de las elecciones, vemos que los votos de la izquierda —excluyendo a los radicales— hubieran superado a la CEDA, y en este caso se hubiera evitado, posiblemente, la guerra civil, o en todo caso se hubiera evitado que se tomaran algunas provincias por la ineficacia de los gobernadores, nombrados por Casares Quiroga y por más gente que luego se hizo cargo del Gobierno. En Bilbao, al no ser un acuerdo del Congreso —en cuyo caso habríamos estado obligados a cumplirlo— sino del Comité Federal (que se llamaba Nacional en aquella época), decidimos ir con los republicanos. Y nosotros sacrificamos un candidato socialista por llevar a Azaña a las Cortes. Entonces parecía que el hombre más denostado y que personificaba todo el horror de la derecha a la República era Manuel Azaña. Y así como ahora, por ejemplo, nos interesa salvar la

democracia, también entonces nos interesaba salvar al hombre al que más odiaba la derecha. Por eso llevamos a Azaña a Bilbao; sacrificamos a Julián Zugazagoitia, y salió Azaña con Indalecio Prieto por las minorías. Pero en esa discusión se vio también el alcance de cada concepción política dentro del partido. Es decir, que ya en 1933 salimos derrotados; en 1936, después del triunfo del Frente Popular, se mantuvo la tesis de «nada con los republicanos». Yo creo que D. Manuel Azaña conocía —naturalmente, lo tenía que conocer— cuál era el mandato del partido, y posiblemente tenía unas segundas intenciones, de yugular, por la indisciplina que a Prieto se le atribuía, el movimiento socialista para que no le hiciera sombra en sus concepciones de tipo liberal. Entonces llamó a Prieto a la Presidencia de la República y le ordenó formar Gobierno en coalición con los republicanos. Como había un acuerdo de partido de que eso no se hiciera, Prieto declinó el mandato. Se produjeron después las consultas del Presidente y, por fin, Casares Quiroga fue el encargado de formar Gobierno sin estar nosotros integrados en él.

—¿Se equivocó la mayoría del partido en este momento?

—Yo empecé por decirte antes que el error estuvo ya en la iniciativa tomada por el partido de no participar con los republicanos en las elecciones de 1933. Y ese error se volvió a cometer en febrero de 1936, porque si Prieto hubiera tenido la presidencia del Gobierno las cosas habrían variado. En primer lugar, porque tenía la trama de los militares en la mano. Prieto fue duran-

te mucho tiempo el hombre mejor informado de España en todos los órdenes, porque tenía amistades en todos los medios políticos y le llovían las informaciones por todos los sitios. Aparte de eso, tenía un juicio muy crítico, y debido a ello mucha gente decía que era un pesimista sin darse cuenta de que sus realidades eran producto de un examen exhaustivo de las cosas y de las informaciones que recibía. Creo —y lo creo además con toda honestidad— que en la jefatura del Gobierno Prieto hubiera dado confianza a infinidad de gente que se sumó a la sublevación. Además, conociendo como conocía la participación de los militares contra la República, no hubiera llevado a Mola a Navarra con las espaldas cubiertas por los Pirineos, y en medio de una gente formada en el requeté —y muy aguerrida— que le sirvió para llegar hasta las puertas de Madrid. A este error del Gobierno se unió el nombramiento de gobernadores tibios que no se atrevieron a dar las armas al pueblo, porque tenían no sé qué miedo metido hasta la médula, creyendo seguramente que íbamos a matar a diestro y siniestro, o a hacer la revolución. Pienso que Prieto hubiera repartido las armas al pueblo, porque era un hombre de mucha decisión; hubiera cortado en infinidad de sitios el triunfo de los militares, y éstos, posiblemente, se lo habrían pensado un poco más antes de dar el paso que dieron el 18 de julio.

Por otro lado, posiblemente la mayoría de las democracias incipientes y de los regímenes en libertad quiebran por el orden público. Todos esos líos que se produjeron durante estos años pudieron

cortarse a tiempo, y no se hubiera soliviantado la derecha poniendo mil pretextos para que se produjera el estallido militar. Por eso, estoy plenamente convencido de que con la Presidencia del Gobierno en manos de Indalecio Prieto, el alzamiento militar no digo yo que no hubiera estallado, pero habría tenido menos volumen y se habría cortado mucho mejor.

—*Entonces, si Prieto hubiera incumplido la disciplina de partido, ¿podría haberse evitado la guerra civil?*

—Hay quien dice que sí. Pero eso no era posible por un factor muy importante: habría tenido que luchar desde dentro con el partido, y le habría faltado la colaboración que necesitaba en un momento históricamente tan decisivo. Habría tenido, por otra parte, que luchar con la minoría parlamentaria —cuyo presidente era Caballero, y su secretario Enrique de Francisco— que no le prestaría ninguna asistencia. De forma que, si analizamos estas razones, Prieto no podía hacerse cargo del gobierno porque la lucha interna se habría intensificado, las diferencias habrían sido mayores y la colaboración habría desaparecido.

—*Para sus seguidores más fieles, Largo Caballero se había convertido en el «Lenin español». ¿Realmente podía desempeñar Largo ese papel de líder revolucionario?*

—Sinceramente, no. Caballero era un hombre más de acción sindical que política. Como hombre de la UGT ha prestado con su trabajo, con su moralidad, con su rigor personal, una colaboración

extraordinaria al movimiento obrero; pero no tenía la talla de un político de altura. Era un gran organizador, pero trasladado siempre a la organización sindical, que es donde trabajó más y donde puso más corazón. Pero en el orden político, Largo no tenía la visión de un dirigente político. En este orden creo que Prieto era muy superior a él. En cuanto al apelativo de «Lenin español», debo decir que Caballero era muy poco dado al halago, y no sé cómo pudo hacer mella en él este apelativo sin parar los pies a quien inició esa campaña, porque no le gustaba en absoluto jugar con su persona. Era un hombre con un rigor extraordinario para esas cosas. Y llegó un momento que cogió tal auge lo de «Lenin español», que yo no sé si se habituó a ello o qué le pudo pasar, porque estaba totalmente transformado.

La guerra civil en Euskadi

—*¿Qué hicisteis los militantes vascos al enteraros de que los militares se habían sublevado en Africa?*

—Lo primero que hicimos fue ir a la radio y dar la voz de concentración en cada pueblo, que se requisasen autobuses, camionetas, camiones, lo que fuera, y se personaran en el círculo socialista de Bilbao. Desde allí se formaban las columnas, y se salió en dirección a Ochandiano, a Ubidea y a Orduña, que es el frente que tenía que cubrirse en Alava. Eso lo hizo el partido con voluntarios y con gente que, sin tener armas, se embarcaba en los camiones para que si caía el que las llevaba, poderlas coger y cubrir su puesto. Salimos infinidad de gente sin tener nada en el bolsillo.

—¿Y qué hizo Ramón Rubial en esos momentos?

—Hice lo que hicieron miles de afiliados: coger los autobuses en Erandio y personarse en San Francisco. Y en la primera columna que mandó Fulgencio Mateos —concejal socialista— salir con ella. Nos constituimos por grupos hasta que se formaron las compañías, y luego los batallones, las brigadas y las divisiones. En estas divisiones yo fui todo lo habido y por haber, hasta llegar a Comisario de Brigada —comisario político—. Estuve en el frente hasta la caída de Asturias. También fui teniente ayudante de Fulgencio Mateos; pasé a mandar el Quinto Batallón de milicias, por haberse integrado el comandante de armas en la Escuela Militar. Entonces, empezaron a constituirse las brigadas y divisiones, porque se cernía sobre Vizcaya la famosa ofensiva de marzo de 1937, y nos mandaron a Santander a estudiar la estructura de las brigadas y divisiones a dos comandantes, Ángel López Bonaecha y a mí. Estando allí, en la Lora, se produjo la ofensiva sobre Vizcaya y salimos rápidamente hacia Bilbao. Había un «cisco» terrible, porque se había producido la rotura de los frentes, estuvimos algún tiempo recogiendo a la gente dispersa y llevándola donde nos mandaba el Estado Mayor, con el fin de cubrir las líneas y recoger a los que huían en desbandada. Después me incorporé a la 15 Brigada. Esto lo hicimos los socialistas en todos los sitios: dejamos la política para hacer la guerra.

—Se ha discutido mucho sobre la famosa defensa de Bilbao: el llamado «cinturón de hierro», que se desmoronó en horas...

—Yo te contaré cómo fueron las cosas. En este caso no se puede involucrar al Partido Nacionalista. Quien hizo el llamado «cinturón de hierro» —que nosotros llamábamos «la faja» de mantenimiento de un pantalón flojo— dejó un lugar más débil y sin protección por el que pasaron precisamente las tropas de Franco. Tenemos que partir de la base de que Goicoechea se pasó al enemigo con los planos, y con ellos les dio toda la posición de las defensas, no solamente en este punto, sino en todo el frente vasco. El Partido Nacionalista no jugó ningún papel en este hecho; al contrario, fue engañado, como lo fuimos todos los demás, por la traición de este hombre.

—¿Y la paz de Santoña?

—La paz de Santoña fue el resultado de la política que llevó a cabo el Partido Nacionalista durante toda la guerra. Ningún batallón del PNV salió a luchar fuera del territorio vasco. De tal manera que, cuando se terminó geográficamente de defender lo que ellos denominaban Euskadi, se rindieron. Hubo individualidades que siguieron luchando al lado de la República, pero nada más que individualidades. El grueso de los batallones se quedaron allí tras la firma del pacto de Santoña. Pacto que después no se cumplió, porque lo negociaron con italianos, y después Franco no reconoció esa firma con el fundamento de que quien mandaba allí era él, el Caudillo.

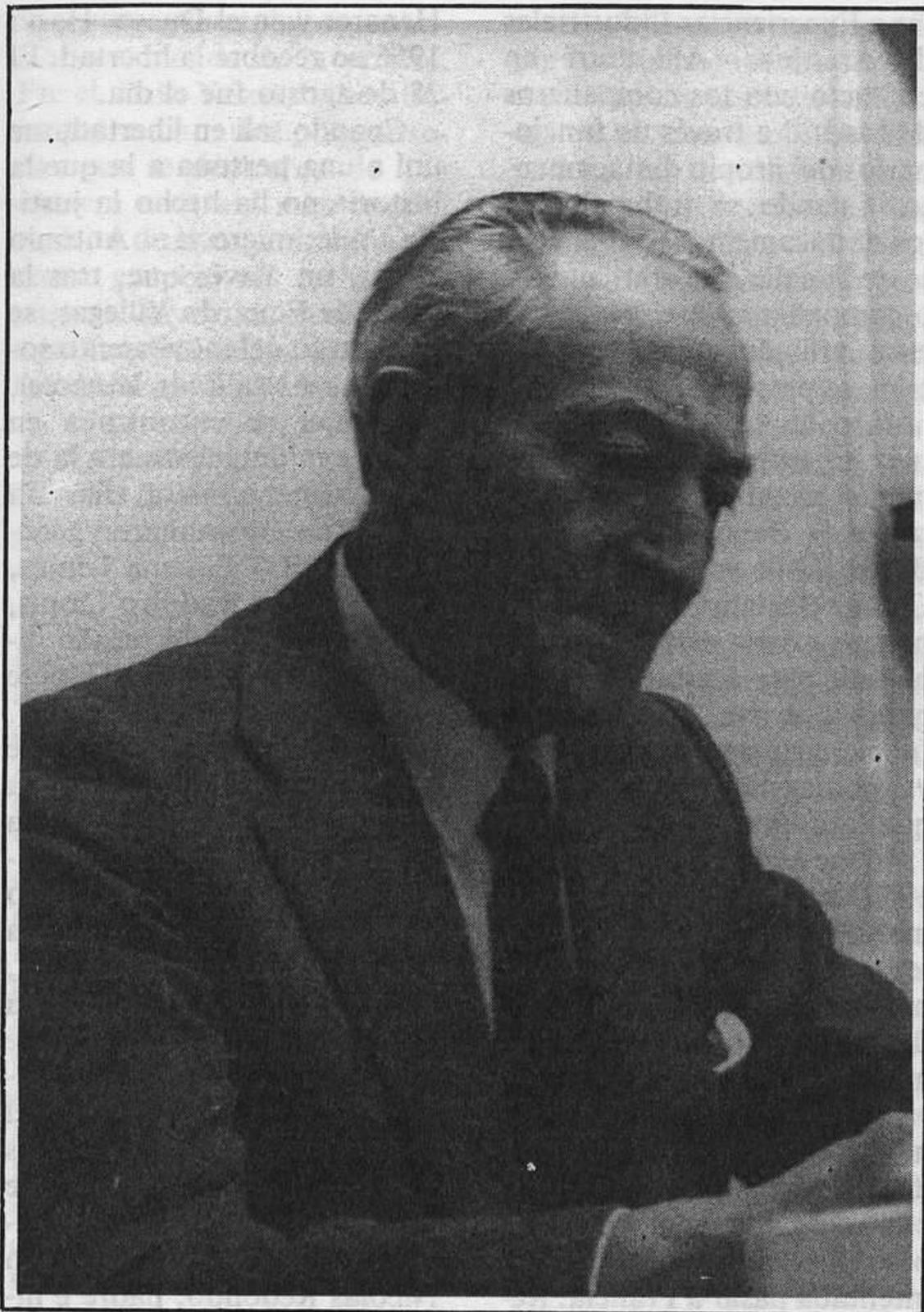
Yo volví de Asturias a Bilbao con la idea de encontrar alguna protección que me sirviera en los primeros momen-

tos. Me fue muy difícil. Nadie de los contactos por terceras personas se arriesgaba a darme cobijo. Pero siempre surgen personas que llevan la amistad hasta el último extremo, y hubo una que lo hizo dándome entrada en su casa. Desde ella pude desplazarme a Zaragoza con la idea de pasar al bando republicano, pues se daba la circunstancia de que aquel frente se hallaba un tanto desguarnecido y la vigilancia se hacía con una tanqueta ligera fácil de burlar. Tuve mala suerte, pues en virtud de una operación de sorpresa que iniciaron las fuerzas republicanas penetrando hasta el Arrabal hizo que el ejército de Franco realizase una contraofensiva rechazando a nuestras tropas y dejando el frente cubierto, motivo por el cual la facilidad del pase se había frustrado. De vuelta a Bilbao fui detenido e ingresado en una cárcel provisional, «El Carmelo», una cárcel de carmelitas en el que encontré cientos de amigos y compañeros. En esa cárcel provisional permanecí hasta el día que me juzgaron en Consejo de Guerra, y firmé la sentencia definitiva, 30 años, el día 18 de marzo de 1939. Ese 18 de marzo tiene una efemérides digna de ser recordada; coincide con la Comuna del año 71 en París.

¡Qué paradojas nos proporciona la vida! En 1934 condenado por infringir la ley. En el año 1936 condenado por Rebelión Militar por defender al Gobierno legalmente constituido.

Represión y reorganización del partido

—¿Cuál era el estado de ánimo de los cuadros y militantes del partido socialista



tras la derrota? ¿Estábais resignados o dispuestos a seguir?

—El espíritu de la gente dentro de las cárceles no era de resignación, sino de resistencia activa. Por ejemplo, en 1937 empezamos a organizar el movimiento socialista en la cárcel, y lo organizamos en Bilbao. ¿Qué misión tenía este movimiento? Toda nuestra actividad y nuestras acciones podían topar con los muros de la cárcel y no salir fuera, porque a la gente maldita la gracia que le hacía aventurarse en levantar una cosa así, re-

cientemente derrotada. Podría parecer una locura que, tras sufrir una derrota militar, tuviéramos el ánimo para crear organizaciones. Las creamos para inyectar moral a los presos, en primer lugar, y además para organizar las ayudas a los combatientes que llegaban de otros lugares a defender nuestro territorio, sobre todo asturianos y montañeses. Entonces, organizamos con las mujeres que quedaban en la calle un servicio de limpieza de ropa, y éste fue el primer brote de la creación de las comunas, cuyo objetivo era repartir entre todos los presos

la comida que nos llegaba. Eso lo hicimos bastante bien. La gente empezó a coger un poco de calor, aunque las perspectivas eran bastante negras. Aún no habían empezado los juicios, pero sí nos habíamos enterado de los que aparecían muertos en las cunetas, por obra de la famosa brigada de Valladolid que apareció en Vizcaya y en los sitios donde iban entrando las tropas de Franco.

Luego vinieron los traslados en vagones de ganado (¡un desastre de traslado!); tardamos tres días en llegar al Puerto de Santa María, y allí volvimos otra vez a crear la organización.

—Pero según el historiador Hermunt Heine, la reorganización del Partido Socialista tras la guerra civil se hizo con retraso en comparación con el PCE y la CNT...

—Eso no es cierto. Nosotros organizamos el partido allá donde íbamos y puede desmentir la afirmación del historiador la «caída» de seis Comisiones Ejecutivas, una de ellas tan accidentada como la de la muerte del compañero Tomás Centeno. El Puerto de Santa María tenía una población penal con 6.000 presos, 3.000 de los cuales se hallaban bajo el control del PSOE.

¿Para qué se crea una organización del penal? Tiene un motivo y un fundamento moral muy profundo. Hay que trasladarse al momento en que la gente llegaba al penal indultados de la pena de muerte, con una familia detrás sin ningún ingreso, con decepciones de compañeros que les prometieron muchas cosas y no lo cumplieron, con una derrota sobre las espaldas, etc... Encontrarse dentro del penal con una voz que le

alentaba, que le cubría una necesidad perentoria que se tiene en la cárcel —como dijo Cervantes: «Allí donde toda incomodidad tiene su asiento»—, que le proporcionaba una tarjeta donde poder escribir, que le daba unos cigarrillos durante el período de observación, que le pasabas un pan porque no podía comprarlo en el economato... Toda esta serie de cosas te animaban de tal manera que sólo se pueden medir si se está encerrado en una celda. Para esto nos valíamos de compañeros que hacían de «llaveros», y se colaban en las celdas para llevar estas cosas.

Fuera de la cárcel, el PSOE se reorganizó también con rapidez. El historiador del que me hablas tendrá que darse cuenta de que antes de 1950 cayeron seis Comisiones Ejecutivas del partido. En 1944, yo me tuve que fugar de un destacamento penal, porque había caído en Madrid la Comisión Ejecutiva presidida por Juan Gómez Ejido, de la que formaban parte Sócrates Gómez, Ramón Hernández, del Toro y otros. A unos cuantos les cayeron 20 y 12 años, respectivamente. Más tarde hubo un Tomás Centeno que mataron en comisaría, hubo un Miguel Ángel que cayó dos veces en manos de la policía...

—*¿Qué papel jugó Ramón Rubial en esa organización del Partido Socialista?*

—La verdad es que no me gusta hablar de mí mismo, pero haré un esfuerzo. Se descubrió la organización del partido en Puerto de Santa María, y me condenaron por este motivo a 14 años, además de los 30 que ya tenía encima. Entonces se necesitaba mano de obra y me destinaron a traba-

jar a Experiencias Industriales de Aranjuez. Allí entré en contacto con los compañeros de Madrid a través de funcionarios del propio destacamento. Cuando se trabajaba en los destacamentos, había gente de la calle que eran amigos o compañeros que, pese a no estar afiliados a la organización, se prestaban a llevar una nota o un recado. En Aranjuez se extinguió el destacamento penal, y me trasladaron a la Babcock-Wilcox de Bilbao. Allí me integré en el Comité Socialista de Euskadi, porque existía determinada libertad, pese a estar preso; se pasaba revista, y después el funcionario se marchaba y tú ya podías hacer un poco lo que quisieras. En mayo de 1944 me escapé. En febrero de 1945 cayó la Ejecutiva de Gómez Ejido —como te dije antes— y ya había 12 Federaciones del partido organizadas, y de todas ellas cayó gente en manos de la policía. En Vizcaya detuvieron también a algunos compañeros. A mí me dieron el soplo de que les habían detenido y me marché, pero me detuvieron cuando intentaba pasar a Francia. Repito de nuevo: ese historiador del que me hablabas antes opina con un poco de ligereza.

—*¿Conseguiste pasar a Francia?*

—No. Me cogió el famoso inspector Manzana cuando intentaba hacerlo. Fue en un bar de Oyarzun. El guía que nos pasaba resultó ser un confidente de la policía. Pasé a la cárcel de San Sebastián, de ésta de nuevo a la de Bilbao, luego a Ocaña y por fin al Penal del Dueso. Cuando llegué a Ocaña ya existía una organización del partido; también la había en Madrid, en Alcalá de

Henares y en el Dueso. Hasta 1956 no recobré la libertad. El 28 de agosto fue el día.

Cuando salí en libertad, me uní a una persona a la que la historia no ha hecho la justicia que merecía: Antonio Amat, un alavés que, tras la caída de Eduardo Villegas, se hizo cargo del movimiento socialista. Al salir de la cárcel, mi mujer se encontraba en Chile y mi intención era la de marcharme junto a ella. En estos años era secretario general de la UGT Pascual Tomás, y del partido Rodolfo Llopis, y me mandaron un recado diciéndome que era conveniente que me quedase en el interior. Entonces y ahora una simple indicación del partido para nosotros suele ser como una orden; por eso, avisé a mi mujer que se volviera porque yo no me iba. Empecé entonces a trabajar con Antonio Amat, hasta que cayó en manos de la policía en 1958; después se hizo una transmisión de poderes, y me quedé yo a cargo del PSOE en su lugar, con apoyos de Santander, de Asturias, de Madrid, de Jaén y, naturalmente, del País Vasco, con Nicolás Redondo, padre e hijo, Lalo, Garrido, Oriate y más.

—*No es demasiado conocida la implantación del PSOE durante la clandestinidad. ¿Podrías decirme con cuántos militantes se contaba y qué apoyos se recibían?*

—La clandestinidad en un partido de masas resulta muy difícil de mantener, porque tiene que limitarse a grupos pequeños y muy activos; hacer acto de presencia y movilizar contra el régimen todos los descontentos posibles. Por eso, al partido no le convino nunca tener grandes núcleos de militantes, porque era tan-

to como poner la organización en manos de la policía. En el País Vasco hubo, durante mucho tiempo, personas que se dedicaron de una manera u otra a mantener el espíritu de la organización y a crear grupos de cotizantes, para llevar ayuda económica a las familias de los compañeros que estaban presos.

—¿Qué dificultades tenía el Partido Socialista del interior para relacionarse con el exterior?

—Nuestra relación con el exterior era muy limitada, y se hacía a base de utilizar a gente que era completamente desconocida para nosotros: los enlaces, así los llamábamos. Tuvimos desde un carbonero al dueño de una Venta, pero una persona permanente fue Juan Iglesias, que estaba en contacto con el partido en el exterior. A través de estos enlaces pasábamos prensa y alguna ayuda de tipo económico que solía prestarnos el exterior. Esa era la base de contacto que teníamos: la correspondencia y todo lo demás se pasaba a través de estos enlaces, que en su mayoría eran contrabandistas que se ponían al servicio de quien les pagara. Es decir, que cada kilo de propaganda nos costaba una cantidad de dinero que en este momento no recuerdo; pero cuanto mayor era la cantidad de propaganda, mayor era la cantidad de dinero a pagar al enlace correspondiente y la dificultad se acrecentaba. Esta propaganda se repartía en el interior a través de los grupos que teníamos constituidos en su inmensa mayoría en las minas y en las factorías. Solían ser grupos de cinco personas, con un secretario de «C» —como llamábamos a la célula—, que se dedicaban a re-

partir folletos y propaganda por los buzones de los obreros o en las máquinas de la fábricas. Las consignas de tipo puntual las decidíamos nosotros, los del interior, porque eran coyunturales, y la dirección del exterior no jugaba ningún papel en nuestras decisiones. Nosotros, cuando veíamos la ocasión para atacar al régimen, lo hacíamos no porque creyéramos que íbamos a tener grandes éxitos, pero en cualquier ocasión que podíamos —sobre todo en la Naval de Sestao— le ocasionábamos al régimen infinidad de molestias, porque cada vez que había condiciones para ello declarábamos una huelga.

—En los años cincuenta se perdieron todas las esperanzas de poner fin al régimen de Franco tras su reconocimiento por las potencias occidentales. Esta desesperanza, ¿contribuyó a que la militancia socialista se apartara del partido al no ver posibilidades para una salida democrática a corto plazo?

—Al terminar la Guerra Mundial se produjeron dos períodos: uno de gran esperanza, en el que la gente tenía deseos de unirse al partido socialista para liquidar al régimen, y otro período de alejamiento al consolidarse el régimen franquista. Quedaron integrando los cuadros del partido los compañeros que sentían las ideas, y que seguían dispuestos a trabajar, pese a saber el peligro que corrían —paso por comisarías, torturas, condena...—. Esta gente que quedó dentro del partido fue la más selecta y la que no se arredró, sino que siguió trabajando.

—Entonces, lo de los cien años de historia y los cuarenta de vacaciones, como afirmó la Pasionaria...

—Esto no es exacto, porque hubo caídas en manos de la policía de seis Comisiones Ejecutivas Nacionales que desmienten esta afirmación. Yo recuerdo —contraponiendo a esa frase— otra que yo hice cuando se inauguró la Agrupación Socialista de Valencia, en un acto público celebrado en un teatro de aquella localidad. La frase exacta de la Pasionaria fue que mientras unos estuvieron en las trincheras, otros estuvieron en sus cuarteles de invierno. Yo la contesté diciéndola que de las trincheras había estado ella muy alejada, en el Mar Negro tomando aguas termales, pero que si los cuarteles de invierno eran las cárceles de Franco, aquí sí habíamos estado los socialistas.

Rubial, Llopis y González

—Tú conociste a Rodolfo Llopis y durante muchos años fuisteis compañeros. ¿En qué momento se comenzó a alejar Ramón Rubial de las posiciones políticas defendidas por Llopis?

—Yo nunca me alejé de las posiciones de Llopis, ni de las de ningún otro, porque no había posiciones distintas. El partido tenía una misión que cumplir: organizar sus cuadros, dotarlos de moral para que siguieran trabajando. Y, sobre todo, tenía una misión en la clandestinidad, y es que cuando llegara la libertad tuviera grupos de militantes con la suficiente preparación para absorber el aluvión al objeto que no se desfigurasen las señas naturales que tiene el

partido. Todo esto se vino abajo porque los grupos que actuábamos fuimos insuficientes para soportar ese alud, que a poco más nos traga a todos; pero afortunadamente el partido sigue ahí. Yo no he tenido discrepancias con Llopis porque en el partido tampoco se planteaban problemas ideológicos, sino de subsistencia, de crear una organización, de oponer resistencia al franquismo, y en eso todos estábamos de acuerdo. Posiblemente —como te decía antes— nosotros gozábamos de autonomía dentro del país para declarar una huelga o realizar otros tipos de protesta; si se producían caídas de compañeros, lo lógico era que el exterior nos ayudara, porque tenía más medios que nosotros para llevarlo a cabo, pero nada más. Hubo una dirección compartida, con un número de miembros igual para las dos Ejecutivas, y de esta manera, o había unanimidad, o de lo contrario se producía el choque y con ello el rompimiento del partido. Pero como no se planteaban problemas de tipo ideológico, no había posibilidad de que se produjese un choque entre los componentes de la Ejecutiva.

—*Si, como dices, no había posturas diferentes entre Rodolfo Llopis y los militantes del interior, ¿por qué se produjo el enfrentamiento entre Llopis y lo que se ha llamado el «pacto del Betis»?*

—El tiempo no transcurre en balde, y cuando se produjo el enfrentamiento España había cambiado de fisonomía. Entonces lo que se necesitaba era la prontitud en las resoluciones, porque ya existían otros partidos que tomaban determinaciones, y no era cosa de reunirse conjuntamente

con ellos y determinar sin consultar al exterior. Porque pese a tener una cierta libertad para resolver los problemas del interior, teníamos unas orientaciones del exterior, y en los momentos de tomar resoluciones rápidas había que dejarlas de lado. Es decir, había que arbitrar soluciones nuevas que a lo mejor chocaban con la orientación del exterior; pero mientras se consultaba se perdía tiempo, y las cosas eran de una premiosidad extraordinaria. Y este fue el arranque. Yo creo que hicimos las cosas un poco mal, porque habiendo reclamado la dirección para el interior no había más remedio que traerla, porque era un acuerdo de los Congresos. Si por conveniencia pasamos la dirección al exterior, también por conveniencia podíamos traernos la dirección aquí, y ese mandato estaba expresado en los Congresos del partido. Y éste fue el momento de la ruptura.

Además, en los años sesenta, el PSOE participó en todas las huelgas que se produjeron. En Vizcaya, 262 militantes —te digo el número exacto— fueron detenidos por la policía. Por otro lado, las huelgas más famosas que hubo en España durante todo el período franquista se hicieron en el País Vasco.

—*Lo que dices enlaza con el siguiente problema: para hacer estas huelgas, los socialistas tenían que contar con otras fuerzas políticas, entre otras con el PCE. ¿El PSOE del interior se enfrentó también con Llopis porque éste se oponía absolutamente a tener relaciones con los comunistas, y también con otras fuerzas políticas o sindicales?*

—No. Cuando Eugenio Royo —por poner un ejemplo— era secretario de USO, yo traté con él, en 1960, de ir a la unificación con este sindicato. Pero Royo pensaba que no iba a ser efectivo. Transcurrido el tiempo se ve que, detrás de esa argucia, lo que se pretendía era tener una fuerza mayor para poder negociar unas determinadas cosas que a ellos les convenía. Y no existía por parte de Royo un gran interés por la unificación de las dos organizaciones sindicales. Pero hay una cosa que sí es cierta; y era el temor de Llopis —porque en todos los Congresos, si examinas la declaración política, se termina diciendo «nada con los comunistas»— al ver que al frente del movimiento socialista en España había gente joven, que posiblemente no conocía la historia del PCE y sus relaciones con el PSOE. Llopis temía que el partido fuera absorbido por los comunistas; y de ahí vino su resistencia. En un Comité Nacional —entonces no se llamaba Federal— Múgica propuso que se eliminara esa frase de «nada con los comunistas», porque había que abrir la participación de todas las fuerzas antifranquistas, y entre ellas estaba incluido también el PCE. Si esa proposición produjo suspicacias fue porque, además, Múgica procedía del PCE, y creyeron que era un submarino metido en casa. Y esto acrecentó bastante el recelo de Llopis. Ultimamente, Llopis ya vio cuál era la trayectoria del partido respecto a los comunistas, y creo que ha muerto tranquilo.

—*Todo el mundo habla del Congreso de Suresnes. Pero lo que no está demasiado claro es la fuerza con que conta-*

ban los triunfadores en ese Congreso...

—Eso es muy difícil de contestar. En el interior había núcleos bastante sólidos, pero los más organizados —y me refiero al número de militantes— han estado siempre en el País Vasco y en Asturias. También había núcleos sólidos en Andalucía, en especial en Jaén, y en Madrid, pero posiblemente con un número menor de militantes. Lo que se hizo en Suresnes fue computar votos. Pero no llevamos preparado el Congreso de antemano, pese a que alguien habla del famoso «pacto del Betis» entre vascos y andaluces. Sí se dieron conversaciones, como en todos los Congresos cuando se confeccionan las candidaturas; siempre se contacta personalmente con unos y con otros. Y quieras que no, hay un pacto tácito, pero no expreso.

—¿Qué papel jugó Ramón Rubial en el ascenso de Felipe González?

—Felipe ha ascendido solo, sin necesidad de mi ayuda ni de la de nadie. A todos nos pareció el hombre más capaz de llevar adelante la política del partido. En el Congreso de Suresnes la secretaría general se la ofrecieron a Nicolás Redondo, que no la aceptó. Entonces aparece Felipe, que tampoco la quería, pero fue arrastrado por las circunstancias. A Felipe se le estima como persona y como hombre de partido.

—Pero, ¿es cierto que —como se dice— no toma ninguna decisión sin consultarte de antemano? ¿Y la famosa carta que te escribe en el momento de su dimisión en 1979?

—No. Felipe toma las decisiones que le competen solo. Otras, las derivadas del partido, son diferentes. Esas corresponden bien a la Comisión Ejecutiva o al Comité Federal, de cuyos organismos es integrante. No recuerdo que Felipe me haya escrito carta alguna, en el año 1979, ni conozco tampoco su dimisión en ese año. Lo que sí recuerdo es la no aceptación de la secretaría del Partido por no coincidir con su criterio la declaración política emanada del Congreso. De la no aceptación me enteré estando internado en la Fundación Pro-Cardíacos de Bilbao. Fue Pepe Recio quien me la comunicó y a quien indiqué que hiciera el favor de que Felipe se pusiera al teléfono para rogarle que siguiera en la secretaría. Yo no conocía si la declaración política era o no acorde con el criterio por él sustentado. Cuando me enteré de lo ocurrido, de los motivos que le impulsaron a no aceptar el cargo, comprendí la tontería cometida por mí al instarle a que no abandonase. Nadie puede estar al frente de una organización cuando se disiente con sus acuerdos.

El PSOE: pasado y presente

—Pasemos a otros temas. Las diferencias entre el Partido Socialista que tú conociste durante la República y la guerra y el actual son bastante notorias. Por poner sólo un ejemplo, ¿qué significó para un militante histórico el abandono del marxismo en un partido que siempre se ha definido como marxista?

—Yo creo que en los medios obreros españoles ha sido donde menos se ha hablado

de marxismo desde siempre. Yo no conozco ninguna polémica sobre este tema en el seno del partido, si exceptuamos dos: una, entre Jaime Vera y Pablo Iglesias por la supresión de la «O» de las siglas, y otra entre Besteiro y Luis Araquistáin tras la revolución del 34. Por eso, creo que el partido donde menos se ha hablado de marxismo en el mundo ha sido el PSOE. Y para corroborar esta afirmación no se necesita más que leer algunos de los trabajos de Luis Araquistáin, donde afirma lo mismo que te digo yo ahora, que en España ha sido muy raro que se haya hablado de marxismo. De forma que no me ha ocasionado ningún trauma, porque además tenemos una declaración de principios que es todo un paraíso. Y a mí lo mismo me da que el partido tenga esencias marxistas o que no las tenga, con tal de que se lleve a efecto ese programa; estoy encantado de la vida, porque en él se contiene la pura esencia del socialismo.

Lógicamente, dentro del partido tiene que haber cambios. Un partido que no cambia es un partido muerto. No se puede comparar el partido de los años veinte con el de ahora. Yo podría darte un ejemplo: los movimientos obreros, de cualquier signo que sean, cuando son más pequeños tienen mucho más rigor que cuando son más amplios. Lo que se pierde en profundidad y en rigor se gana en extensión, porque hay mucha más gente que opina, que tiene concepciones distintas; y en un partido como el nuestro si no hay campo para los matices de opinión deja de ser un partido democrático. Para mí, el abandono o no del marxismo no tiene ninguna tras-

endencia; lo importante es que no se remueva la declaración de principios, y con esto me basta. Y decía antes que el partido tiene que cambiar, porque los métodos de lucha son completamente distintos, y el movimiento obrero tiene unas características distintas. Ya no existe el obrero de alpargata y de pantalón de mahón con el remiendo correspondiente. Hoy hay un mundo —no sólo de la producción, sino de la distribución— que usa cuello blanco y bata blanca, y que tiene unas ideas completamente distintas a las del obrero de los años treinta. No es que el nivel de vida evite el rigor de las ideas, ni que las atempere, pero hace variar el modo de lucha.

—*Un partido socialista como el actual, al igual que el resto de los partidos socialistas europeos, ¿puede hacer buena la frase de que los partidos socialistas son los mejores gestores de la sociedad capitalista?*

—Coincido contigo, y me parece muy oportuna la pregunta. Yo no seré socialdemócrata en España en mi vida. Posiblemente lo sería en Alemania y en Suiza, y sería laborista en Inglaterra; pero en España soy socialista, y además creo que la socialdemocracia en España no tiene cabida, porque hay una tradición socialista que no deja crecer a esa socialdemocracia. Yo no seré nunca el administrador de los bienes del capitalismo. No, por ahí no va mi tendencia: de socialdemócrata yo no tengo nada; sigo siendo socialista, y sigo aferrado a la declaración de principios.

—*Conociendo la composición social del PSOE actual,*

¿no crees que se ha roto la continuidad con el partido socialista, fundamentalmente obrero, de tu juventud?

—Desde luego tienes razón cuando dices que no es el mismo, y no lo es porque también ha cambiado la concepción obrerista. Creo que todavía hay obras, hay fábricas y hay minas, que es donde está la esencia de nuestro partido. Tenemos que reivindicar las necesidades de los trabajadores, y creo que, pese a todo, el partido continúa en esa línea, pero con unos procedimientos muy distintos. A mí me parece —y eso que he sido un hombre muy enamorado de la lucha insurreccional cuando tenía pocos años— que la lucha insurreccional es una monstruosidad, porque las armas están al servicio del Estado, y las revoluciones clásicas a base de la trinchera y tres sacos terreros ya no valen nada contra el tanque, el avión y el misil. Luego, el movimiento obrero tiene que seguir por otra senda distinta, y esa es la que el partido ha adoptado en su marcha.

—*Pero parece que las relaciones del Gobierno con la clase obrera, y con la misma UGT, no son tan buenas como antes...*

—Es verdad que cualquier socialista que haya estado en el Gobierno ha tenido fricciones con el sindicato. Lo dije en la concentración de mineros de Villamanil. Las tuvieron los ministros socialistas que estaban en el Gobierno durante la República; las tuvo Indalecio Prieto con el Sindicato Ferroviario —y también con el de la Construcción, cuando era ministro de Obras

Públicas—, porque ante la deuda nacional y la petición de un aumento de salarios en los ferrocarriles, le dijo a Trifón Gómez que no se subían los salarios porque no se podía cargar al ciudadano español el aumento del nivel de vida de un número determinado de gente para que lo pagasen otros. Y esas fricciones entre la organización sindical y los ministros socialistas son completamente normales, antes y ahora. Como también es verdad que no es lo mismo estar en la oposición que estar en el Gobierno, porque posiblemente el Gobierno socialista actual va a encontrar dificultades a la hora de aplicar el programa electoral. Aunque —y este Gobierno lleva menos de un año en el poder— casi un treinta por ciento del programa se ha llevado ya a la práctica. Todavía nos quedan tres años y pico de legislatura, y creo que el programa electoral se va a cumplir. Pero una cosa es conocer la administración por dentro y otra muy distinta estar en la oposición. Muchas veces se hacen proyectos y luego, cuando uno topa con la realidad, se ve si se pueden o no llevar a cabo.

—*Me gustaría acabar con una pregunta más personal. Por tu larga trayectoria en el PSOE y por tu cargo de Presidente del mismo, eres una pieza clave del socialismo español de los últimos cincuenta años. Sin embargo, la mayoría de los españoles conocen mejor a muchos otros dirigentes socialistas que a ti. ¿A qué se debe esa relativa penumbra en que te has movido durante los últimos años?*

—Yo no soy un hombre de relieve. Yo soy un hombre muy limitado. Si algo se pue-

ENTREVISTA

de valorar en mí es la consecuencia ideológica; a pesar de las vicisitudes pasadas, continuo en el mismo sitio. Esta es una de las cosas que suelo recordar a la gente joven: «Ahora sois socialistas; a ver

si cuando tengáis 70 años seguís diciendo que lo sois». Porque en la trayectoria de esta vida pasan tantas cosas... Por eso a mí no me gusta que se mitifique a nadie, porque somos muy volubles. No es

que no confíe en los hombres; pero confío más en las ideas. Y esa es mi recomendación para todos los compañeros del PSOE.

María RUIPEREZ

Guillermo Casero